



La elección del domingo reveló la fragilidad del partido en el poder y la bancarrota moral de sus adversarios. Unos no pudieron. Los otros no quisieron.



**CARLOS A.
PÉREZ RICART**
@perezricart

Las costuras del poder

En lo numérico, la victoria es evidente: el proyecto de Claudia Sheinbaum se impuso sin resistencia. Los nuevos ministros y miembros del Tribunal de Disciplina —unos más alineados, otros poco menos— orbitarán alrededor del impulso de la 4T. Eso es irrefutable. En el ajedrez político, Morena jugó sola y ganó por abandono.

Fue una victoria que dejó heridas. El triunfo sonó hueco. En un juego diseñado, impulsado, promovido y ejecutado desde Palacio Nacional, Morena fracasó en lo esencial: demostrar que la reforma judicial respondía, de verdad, a un clamor popular.

El lunes por la mañana, la Presidenta y los mandos oficialistas salieron a hacer malabares: que 13 millones son muchos, que el PAN tuvo menos votos, que el silencio también es una forma de respaldo, que no se trataba de cantidad sino de calidad. En política, cuando necesitas explicar tanto, algo ya salió mal.

La reforma puede ser popular —todas las encuestas lo dicen—, pero el

dato real es brutal: solo 13 de cada 100 mexicanos fueron a votar. Se han dado muchas razones para explicar la brecha: que si la complejidad del proceso, la falta de difusión, lo inédito del ejercicio. Tal vez. Pero el hecho es uno: fue la elección con menor participación en la historia reciente de nuestra democracia. Quienes por un año hicieron de los “30 millones” su bandera, hoy aplauden una cifra que, en 2018, habrían usado para ridiculizar a la oposición. Así empieza el autoengaño.

Sheinbaum ganó lo que quería, pero Morena mostró sus costuras. En su propia elección —en su estadio y con el árbitro a favor— el partido hegemónico quedó expuesto. Morena se dice partido de masas y aspira a cerrar el año con 10 millones de militantes. Pero en varios estados no logró mover ni al 8% del padrón. Mucho registro, poca calle. El músculo fue solo propaganda.

Y si Morena mostró debilidad, lo de la oposición fue directamente una rendición. En lugar de disputar el terreno, optó por la flojera, el confort y

la omisión. Pudo más la pereza que la convicción democrática; más el miedo a perder que la voluntad de incomodar; más el cálculo mezquino que el deber democrático. La abstención no debilitó al régimen; lo confirmó.

Hace un año, una candidata de oposición sin carisma, estructura ni partido obtuvo 16 millones de votos. En septiembre, Sara Irene Herrerías y otros desconocidos serán ministros con menos de una quinta parte de esa cifra. ¿Tan imposible era enfrentar una elección dispereja? No hacía falta épica, solo levantarse del sillón. El campo estaba inclinado, las reglas eran desiguales, pero incluso en esas condiciones la oposición tenía una oportunidad real de revertir la goleada del oficialismo. Y la dejó pasar sin siquiera intentarlo. No volverá a tenerla.

Morena cargará con las promesas incumplidas de la reforma. Y terminará pagando por ello. Pero la oposición será cómplice: por omisión, por apatía, por simple cobardía. En vez de disputar el tablero, se levantó de la mesa. Cedió

sin pelear. Renunció incluso al deber más básico de toda oposición: estorbar.

La elección del domingo no marcó un antes y un después por lo que logró, sino por lo que reveló: la fragilidad del partido en el poder y la bancarrota moral de sus adversarios. Unos no pudieron. Los otros no quisieron. Así, entre la arrogancia, la debilidad y la abulia, se definió el futuro del Poder Judicial.

•••

Dicen las fuentes que, en 1972, durante una visita de Estado a Pekín, Henry Kissinger se volvió hacia Zhou Enlai y le lanzó una pregunta que parecía sacada de otro siglo: “¿Qué piensa de la Revolución Francesa?”. El primer ministro chino lo miró en silencio, se tomó su tiempo, y al cabo de unos segundos respondió con calma: “Es demasiado pronto para opinar”.

No hará falta esperar demasiado para medir las consecuencias de esta reforma judicial. Desde el domingo, sus debilidades quedaron al desnudo. En el próximo periodo legislativo se abre una oportunidad —mínima, pero real— para que la Presidenta, ahora sí plenamente al mando, repare el despropósito aprobado en septiembre de 2024. Si la reforma es “perfectible”, como ella misma admitió el lunes, todavía hay una esperanza de corrección. En esa oportunidad se define no solo una política pública, sino parte de su legado.

Lo del domingo no debe repetirse. No así. No en nombre de la democracia.